

## A CIEGAS

Un ciego. Me acaban de comunicar que mi nuevo compañero de trabajo, a partir del lunes, será una persona invidente. Pasé el fin de semana tratando de adivinar cómo sería el primer saludo, si le acompañaría un perro o si le bastaría con un bastón, si le debería ofrecer la mano y sonreír, pero claro, me di cuenta de que eso no serviría. En fin, estuve todo el sábado imaginando cómo iba a ser la relación con mi nuevo compañero.

Para adelantar un poco “el trabajo” el domingo, como cada mañana, fui a desayunar al bar de la esquina donde siempre coincidía con un ciego. Hasta ahora solo me había limitado a observar con qué destreza se echaba el azúcar en el café y cómo mojaba el trozo de bizcocho sin derramar nada, al contrario que muchos de los que compartíamos barra, que rara vez dejábamos el plato limpio. Con la intención de practicar ese primer encuentro con mi nuevo compañero de trabajo, que tendría lugar el lunes, me acerqué al ciego para iniciar una conversación. Me quedé impresionado cuando, sin decir nada, se dirigió a mí por mi nombre. Se lo había escuchado en alguna ocasión al camarero y me había reconocido por el olor de mi colonia. En ese momento yo me sentí el limitado, pues hasta ahora me había sentido superior y empecé a darme cuenta de que estaba frente a una persona normal, sin una capacidad visual, pero que suplía esa carencia con el resto de capacidades muy desarrolladas.

En un ataque de sinceridad le conté el motivo por el que me había acercado a él. Le hablé de mi nerviosismo por cómo debía tratar el lunes a un compañero invidente y, lejos de sentirse molesto, me sonrió y me dijo: - Pues ponte las pilas porque tendrás una competencia muy dura. Me propuso que le acompañara, ya que los domingos junto a un grupo de amigos, quedaban para jugar al fútbol. —¿Al fútbol? —pregunté yo—, y de nuevo riéndose me dijo: —¿Y por qué no?

Intrigado, le acompañé hasta las instalaciones deportivas, y allí había más personas con distintos grados de visión. Los que veían se tapaban los ojos con unos cubre ojos. Impresionado observaba cómo podían jugar tan bien, cada equipo formado por cinco jugadores, de los que solo el portero podía ver. La pelota emitía un sonido como si fuera un traqueteo, el portero orientaba a sus jugadores y estos seguían sus indicaciones. Me propusieron jugar un rato de portero y tuve la oportunidad de comprobar cómo seguían mis indicaciones y perfectamente organizados se movían como un engranaje perfecto. Luego me retaron a jugar como jugador de campo, me puse el cubre ojos y salté al campo. Nunca antes me había sentido más débil e indefenso, incapaz de orientarme, correr o poder intuir donde estaba la pelota.

En el vestuario todo eran risas y bromas y yo, desde luego, me sentí uno más por lo que invité a comer a mi nuevo amigo. Le reconocí que era mucho más fácil relacionarme con ellos de lo que en un principio me había imaginado y que, después de la experiencia, había llegado a la conclusión de que era necesario “ponerse en los zapatos” de una persona con discapacidad y llegar a comprender cuántas barreras tienen que romper para poder realizar tareas que a nosotros nos parecen normales y sencillas, tanto en el trabajo como en la vida cotidiana.

Él me contó que no era ciego de nacimiento, sino que una enfermedad rara le privó de la visión a los nueve años, por lo que, a diferencia de los ciegos de nacimiento, él pudo en su niñez contemplar los colores de la naturaleza y que ahora, dependiendo de la estación en la que nos encontráramos, podía imaginarse el color de los árboles y de las praderas; en fin, hacerse una foto imaginaria con lo que podía sentir y oler en ese momento, con los recuerdos que mantenía como oro en paño. Le pregunté cómo podía ser tan autónomo y no depender de nadie, solo de un bastón, que apenas utilizaba como extensión de su cuerpo para detectar y anticipar posibles obstáculos. Me dijo que si yo fuera muchos días a jugar al fútbol con los ojos tapados y pusiera toda mi atención y empeño en jugar bien al final lo conseguiría, que no me podía ni imaginar de lo que es capaz de conseguir una persona si se lo propone. Además, me contó que él ahora se había propuesto salir en bicicleta, en un tándem con una persona que le guiara, pero dando pedales los dos. Me pareció tan buena idea que le propuse ir por la tarde a una tienda de alquiler de bicicletas y alquilar un tándem.

Mientras me dirigía a mi casa para descansar un rato, me surgieron las dudas y pensé que quizá me había precipitado, pero rápidamente se me disiparon cuando a la hora convenida y a la puerta de la tienda de alquiler, ahí estaba él con una enorme sonrisa. Mucho más decidido que yo y con una gran determinación se montó en el tándem y me dijo que le dirigiera, que ya tenía ganas de sentir el aire en el rostro y de abandonar la ciudad para recorrer caminos entre árboles, en una zona próxima a la ciudad que discurría entre arroyos y prados. Pocas veces me he sentido mejor, compartiendo con un amigo, como un perfecto equipo, el esfuerzo, pedaleando y superando las cotas que nos hacían esforzarnos al máximo, disfrutando en las bajadas, cuando dejábamos de dar pedales y el aire nos daba en el rostro, apenas me dejaba oír las risas de la persona que, detrás de mí, disfrutaba y saboreaba cada bocanada de aire.

Cuando al final del día nos despedimos con un fuerte y sincero abrazo, él con una enorme sonrisa me dijo: –Mañana a las nueve en la oficina, compañero, y ponte las pilas.